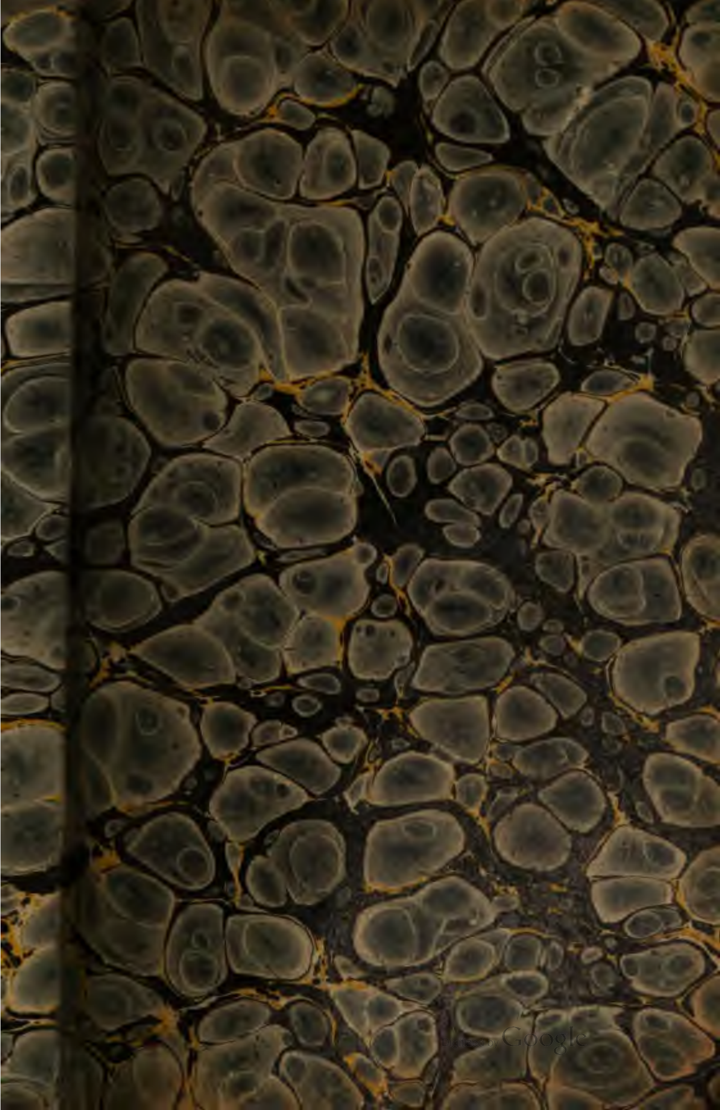


6586

CANTOS

DEL

TROVADOR.

CANTOS DEL TROVADOR.

COLECCION DE LEYENDAS

Y TRADICIONES HISTORICAS.

POR

Don José Zorrilla.

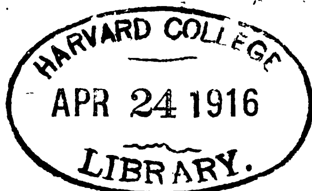
TOMO II.

MADRID.

I. BOIX, EDITOR.

Impresor y Librero, calle de Carretas, núm. 8.

1841.


HARVARD COLLEGE
APR 24 1916
LIBRARY.

LEYENDA TERCERA.

MARGARITA LA TORNERA.

(Tradicion.)

ENTREGA IV.

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido;
Arcangel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus pies tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvage en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.

—

¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestial y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,
Medir audaz la inmensidad que espanta
No osara no, mi pensamiento vano
Sin el ausilio de tu santa mano.

—

Y tú, radiante y peregrina estrella,
Maria, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella,
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fe destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor, y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

—

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos ¡oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

—

Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creeis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto
Venid á oirme y hallareis consuelo,
Vereis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal don Juan de Alarcon.
No era de Palencia el tal,
Mas su padre residia
Allí, porque allí tenia
Crecidísimo caudal.
Gil, era el nombre del padre
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen don Gil,
En su hijo, y era don Juan
El mancebo mas galan,
Mas generoso y gentil
Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado
Puesto que el siempre pagaba.
Ello es cierto que por más
Que el padre le amonestó,
Un libro jamas abrió
Ni oyó un maestro jamás.
Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.
Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fue á Consuegra
A desafiar á un *diestro*,
Y sacándole á reñir
Matóle y tomó su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los dias
En auge, con sus estrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.
Pues aunque áspero de genio,
E indolente el tal don Juan
Era mozo muy galan
Y de ventajado ingenio.
Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.
Cantaba que era delicia,
Y sabia centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.
Y tan jóven, tan apuesto
Tan bello y con fama tal,
Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquive una palabra
Dicha de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen don Gil que sabia
Las proezas de su hijo
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada día.

Mas él seguia sin tino
Dando brida á sus locuras
Y diciendo «que aventuras
Buscar, era su destino.»

Envióle á Valladolid,
Mas fue en la universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.

El fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.
Quísose usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un dia en la catedral
Se agarró con un doctor.
Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y aun hablaron
De don Juan con harta furia;
Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.
Un canónigo muy viejo
Pariente suyo le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo:
«Que tenia el alma seca
De hablar de legislacion
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca.»

En fin no hallando mas medio
De estar en seguridad
Mandaron que la ciudad
Despejara sin remedio.
El decidió resistir
La orden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fue fuerza partir.
Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de dia
Con tal pompa y osadía
Que fue escándalo en verdad.
Volvióse á Palencia pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.
Recibióle el buen don Gil
Irritado y con razon;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil;
Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
E hizo justa la batalla
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;
Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reirle sus desatinos.
Y como era de pensar
Tras tan exótica risa
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.
Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,
Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.
Tornó á ser pues lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.
Don Gil que es hombre devoto
Y acosado de la gota
De tal vecindad se alegra
Mas de ella don Juan se enoja.
Dice el padre: «aqui tenemos
Misa, jubileo y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamas estorban.»
Dice el hijo: «¡Que demonio!
»Es una calle tan sola...
»No hay en toda ella una reja
»Util á cita ni á ronda.»
Dice el padre: «esas benditas
»Estan ganando la gloria
»Y encomendando al eterno
»Sus vecinos...¡él las oiga!»

Dice el hijo: «esas mugeres
»Se están como unas marmotas
»Toda su vida encerradas,
»¡Vaya una aprension diabólica!
Dice el padre: «el capellan
»Que es doctísima persona
»Me tiene continuamente
»Conversaciones sabrosas.»
Dice el hijo: «si á lo menos
»Hubiera una buena moza
»A quien decir cuatro flores...!
»Serán unos cocos todas.
Y el padre: «nada me falta
»Para una vejez dichosa
»La iglesia y la plaza cerca,
»Casa y rentas que me sobran.»
Y dice el hijo: «por último,
»Haremos una intentona
»A ver si las enjauladas
»Son lechuzas ó palomas.»
Y asi el padre y asi el hijo
Distintos proyectos forman
Aquel con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misas
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y don Juan acecha atento

La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pie del coro se aposta,
Troneras y celosías
De dia y de noche ronda.
Mas ni vé, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocas
Todas son blancas visiones
Que á lo lejos se evaporan.
Si llama al torno—¡*Deo gratias*!
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
El, pide agua de algive,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada
Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por mas que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inutil su destreza,
Nada adelanta ni logra,

Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan:
La novena de Santa Ana,
El sermon del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera.
Y al cabo sale diciendo:
¡Bruja condenada y chocha
Que nunca responde acorde
Ni dice cosa con cosa!
Desistió pues del empeño
Mas fue temporada corta,
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un dia casi á la aurora:
Ya habia en la iglesia gente
Aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra
Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas

Del coro, en dulces memorias
Dejaba vagar perdida
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreia afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncia
Por negros recuerdos de otras.
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratisima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.
Y á la verdad que no era
Culpa enteramente propia
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decia
Limpia argentina y sonora:
De rodillas, caballero,
Que están alzando la hostia.

Y él advertido y curioso
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias.
Era el tal una monjita,
Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho vergonzosa
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse,
La mirada abrasadora,
Del mozo clavada en ella
Levantóse presurosa.
Don Juan advirtiendo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta;
—¡Chist! La dijo, con la mano
Llamándola. Hermana oiga
Una palabra.

LA MONJA.

Qué quiere?

DON JUAN.

¿Sois tal vez la superiora?

LA MONJA.

Yo, señor! soy la tornera.

DON JUAN.

La tornera! sois muy docta
Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis
¡*Deo gratias*!... tan temblorosa,
Que mas parece que vuestra,
La voz de una setentona.

LA MONJA.

Ved que decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Tornera, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia!

DON JUAN.

¿Murió la pobre?

LA MONJA.

Murió.
Mas mirad que se prolonga
La conversacion y...

DON JUAN.

Es cierto:
Si fuerais vos...

LA MONJA.

Servidora
Vuestra.

DON JUAN.

Callada y prudente...

LA MONJA.

Cuando la prudencia importa,
Yo soy obediente y...

DON JUAN.

¡Bueno!
Si no desplegais la boca,
Yo os prefiero á la abadesa

LA MONJA.

No hay abadesa, es priora.

DON JUAN.

A la priora, es lo mismo,
Para hablaros de una cosa,
De un secreto que interesa.

LA MONJA.

¡Secreto!

DON JUAN.

A la mayor honra
Y gloria de Dios, y vuestra.

LA MONJA.

¿Mia?

DON JUAN.

Pues, y de las monjas.

LA MONJA.

Decídmelo.

DON JUAN.

Es imposible,
Despacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.

LA MONJA.

¡Ay Dios!

DON JUAN.

¡Eso es! ya medrosa
Vais á publicarlo todo
Y vais... vaya ¿ teneis hora
En que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
De la casa me segunde
La intencion.

LA MONJA.

Como no escoja
La de maitines...

DON JUAN.

¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿ Y en dónde os veré?

LA MONJA.

En la reja
De esa capilla; me toca,
Velar esta noche.

DON JUAN.

¡Bueno!
No falteis.

LA MONJA.

Estaré pronta.
En oyendo la campana...

DON JUAN.

Sí, mi casa está muy próxima,
La oigo bien.

LA MONJA.

Pues hasta luego.

DON JUAN.

Adios, hermana... y memoria!...
Salió la monja del coro,
Don Gil con su pierna coja,
Salió acabada la misa,
Y don Juan, el alma loca

De gozo, atisvó la reja
Citada, y buena juzgóla
Para el caso, en sí diciendo:
¿ La niña ¡ eh ! si será tonta ?

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,
Y aun tocaban á maitines
Los esquilones agudos
Con discordante repique,
Cuando don Juan de Alarcon
Dichoso en amor y en lides
Tomaba punto en la calle,
Despreciando la molicie
De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilden,
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen á campaña
Curiosos ó ministriles.

Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le aflije,
Solo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya,
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille.
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que pues madrugan
Largas horas no vigilen,
Ni pasos pues, ni rumores

De vivientes se perciben;
Oyese solo del aire
El son prolongado y triste,
Y el ladrido de los perros
Que écos lejanos repiten.
Suena á lo lejos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas, del viento
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutíles
Murmuran, silvan, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espìritus eligén,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba abajo don Juan
La calle embozado mide

A la sombra de las tapias,
Y al compás de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten
En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse,
Y en la oscuridad confusa
Haciendo vista de lince
Un vago contorno blanco
Trás de los hierros percibe.

DON JUAN.

Hermana ¡Gracias á Dios!
Mas de un hora me tuvisteis
De planton, ¡Dios os lo premie!

LA MONJA.

¿Tardé mucho?

DON JUAN.

(Vaya un chiste.)
No hay para que hablar ya de ello
Puesto que al cabo vinisteis.

LA MONJA.

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN.

No hermana, sino lo dice.

LA MONJA.

Direlo: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevedo, que tienen
A fé mia mucho chiste,
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche..!

DON JUAN.

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA.

En que hay un hombre en la calle
Que sois vos, y viene á oirle
Una muger, que soy yo, y...
Pero antes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo
Sino Margarita.

DON JUAN.

¡Miren
Que nombre tiene tan lindo
La hermana!

LA MONJA.

¿Os gusta?

DON JUAN.

¡Indecible!
Gozo mc da vnestro nombre

Y admiro que signifique
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.

LA MONJA.

¿Gasta lisonjas hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿Y Filis que significa?
Que ha poco me lo dijisteis.

DON JUAN.

Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cutis mas blanco
Que las plumas de los cisnes,
Con un cuerpo mas esbelto
Que una palma, y mas flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raices,
Y con dos manos mas bellas
Que el nacar y los jazmines.

LA MONJA.

¿Y donde está esa muchacha?

DON JUAN.

Es una niña invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.

LA MONJA.

¿Y que tengo yo que ver
Con Filis?

DON JUAN.

¿Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?

MARGARITA

Si por cierto.

DON JUAN.

Y la visible
Apariencia del cristal
¿Que os mostró?

MARGARITA.

No es muy difícil
De decir, era otra yo,
Otra monja.

DON JUAN.

¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella
Aunque estaba un poco triste?

MARGARITA.

¡Calla! es verdad que lo estaba?

DON JUAN.

Y sin los frescos matices
De un rostro tan jóven!

MARGARITA.

¡Vaya!

DON JUAN.

Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales,
Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?

MARGARITA.

Hermano ¡Jesus mil veces!
Jesus que cosas me dice
Tan peligrosas, empieze
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.

DON JUAN.

(Pobrecilla)
Pues bien, Margarita, oidme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge.
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios
Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera,
Ven, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte
Yo te amo! ¿osarias seguirle?

MARGARITA.

¡Dios mio!

DON JUAN.

Si ese os dijera
Yo sé un lugar infalible
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices
Y tú ¡Margarita mia!
¡Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos...
¡Oh alma mia! presto sígueme
Ven, huyamos amor mio,
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué diriais?

MARGARITA.

¡Ay hermano,
No sé que me dà!.. decidme
¿Todo eso es cierto?

DON JUAN.

Muy cierto,
Pero secreto imposible
De revelar, porque todos,
Quieren que todos peligren
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que hermana por terrible
Que sea la tentacion
De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligre!

MARGARITA.

¡Ay Virgen santa!

DON JUAN.

Y la aviso
Que si á mi razon se rinde
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime.

MARGARITA.

¡ Ay sí, sí !

DON JUAN.

¿ Consiente en ello ?

MARGARITA.

Si por cierto.

DON JUAN.

¿ Y será firme
en resolucion tamaña ?

MARGARITA.

Que si seré?—Dios me libre
¡Morir asi entre las manos
Sangrientas de esos caribes
Que decis!

DON JUAN.

Pensadlo á solas
Y entraos, no nos atisven
Y nos fustren el intento:
A Dios hermana.

MARGARITA.

El os guie
Y os acompañe.

DON JUAN.

¡Ea á Dios!
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy dificil.

MARGARITA.

A Dios.

DON JUAN.

A Dios.

Y á la reja
Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices
Apagó la luz diciendo:
«Pues señor, bien: muchas hice,
»Mas vive Dios que esta última
» Será tal que me acredite.»

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras:
Y aun virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez.
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

—

Siempre encerrada y oculta
Cuando en el mundo vivia
Solo del mundo veia
La calle trás un cancél:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto
El májico laberinto
Que se estendia trás él.

—

Jamas pensó que las flores
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festin;
Jamas pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Mas delicioso, otro fin.

—

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos alhagüeños
De *amor* y de *vanidad.*

—

Amor! esa fantasia
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraiso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico ser.

—

Un ser que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusion,
Y un ser que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazon.

—

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no dá asilo
En él á la *vanidad*.
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

—

¡Inocente Margarita!
Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vás!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

—

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oidos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,
No le dá la resistencia
Para defenderse, Dios?

—

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que don Juan la profetiza;
Es que el placer diviniza
Y le adora á su pesar.

—

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Eligió para su juez.
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los dias de su niñez.

—

Cuando su madre á deshora
De los festines volvia,
Y entre sueños la veia
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al son de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.

—

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptüosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreir y platicar.

—

¡Oh! que seis años monotonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

—

«Aqui está Dios;» la dijeron,
Y ella dijo: «yo le adoro.»
«Aqui está el torno y el coro.»
Y pensó: «No hay mas allá!»
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

—

¡ Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida!
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

—

Mas ¡guay que alcance á lo lejos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor....
Su nido será su carcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

—

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se despertó su afan.
Su corazon revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
Al recordar á don Juan....

—

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas
Ya en inocente pavor
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía
Así pensaba y decia
Margarita en su interior:

—

« ¿Con que hay fiestas y banquetes,
» Y nocturnos galanteos,
» Y deliciosos paseos
» De esta pared mas allá?
» ¿Con que esta toca de lana
» Cambiada en perlas y flores
» Hará mis gracias mayores,
» Y mas hermosa me hará?

—

» ¿Con que aquellas relaciones
»De encantos que yo leia
»Y que apenas comprendia
»Ni comprendo ciertas son?
»De aquellas mages fantásticas,
»De aquellos bravos guerreros
»Y gentiles caballeros
»La historia no es ilusion?

—

»Y se encuentran y combaten
»Por bizarras hermosuras
»Y corren mil aventuras
»Por agradarlas mejor;
»Y ellas viven en palacios,
»Y vagan por sus jardines,
»Y celebran con festines
»La ventura de su amor.

—

»¡Oh! ¡que ese hombre me lo ha dicho
»Sí, sí, negros son mis ojos...
»Y esta toca me da enojos
»Y me hace fea tal vez!..
»El me lo dijo ¡lisonja!
»Mas probemos, me la arranco:
»¡Oh como el armiño blanco
»Mi pecho!.. blanca mi téz!

—

»Blancos mis brazos redondos,
»Mis mutilados cabellos
»Son de azabache... y en ellos
»Puesta aunque mal esta flor!..
»Cuan bien me va... ¡oh soy hermosa!..
»Y encerrada me consumo,
»Y se pierden como el humo
»Mis dias de mas valor.»

—

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

—

Y desde esa triste noche
Cabisbaja y distraida
Sintió su fé decaida;
Estéril su religion;
Y allá muy lejos del claustro
Perdido su pensamiento
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

—

Y pasaron muchas noches;
Y don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galan adormecida
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

—

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella,
Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

—

¿Y quien esplica aun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazon?
¿Y quién los medios esplica
Con que nos sale al encuentro
Un amor que enciende dentro
El volcan de una pasion?

—

¿Que puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatar,
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

—

Y cayó: que en una noche
Por don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera;
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

DON JUAN.

No hay mas medio Margarita.

MARGARITA.

Mañana pues.

DON JUAN.

Tanto monta
Un dia antes; estad pronta.

MARGARITA.

¿Con que á las dos?

DON JUAN.

A las dos.

MARGARITA.

Por el huerto.

DON JUAN.

Estaré á punto,
Traeré una escala pequeña
Y al dar las dos me hareis seña.

MARGARITA.

Y haré cuanto os plazca á vos.

DON JUAN.

Pues á Dios.

MARGARITA.

Idos tranquilo
A dormir y hasta mañana.»

Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando
Su posicion meditando
Tal vez con algo de afan.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha,
«Pues Señor, es cosa hecha:
»¡Mas me ocurre una cuestion!
»Dineros... ¡bah! tiene padre
»Dentro su alcoba una arquita
»Que ha un año que la maldita
»Me está dando tentacion.

—

»¡Con que don Juan no hay cuidado!
»Vendrá Dios y medraremos.»
Y asiendo los dos estremos
De la sábana á la par
Con un movimiento rápido
Se hundió don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

LEYENDA TERCERA.

—

MARGARITA LA TORNERA.

(Tradicion.)

ENTREGA V.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á tí se acoje
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora;
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares
Nunca estraviado perderá la huella
Del *mas allá* que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrias
Para quien cuenta sus tranquilos dias
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,

La corona del justo,
La palma de la virgen inocente.
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente
Siempre se vé brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.
Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice,
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Rebienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Golgóta pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira,

Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya
A su madre infeliz les encomienda.
«Vuestra madre mirad.»—dijo muriendo,
«Esa de mi bondad última prenda,
»Si algun dia verteis sincero llanto,
«Por vosotros pidiendo
»Para salvaros del azar tremendo
»Real protectora os tenderá su manto.
Y á tí madre amorosa
Los tristes ojos con afan volvemos
En la airada tormenta procelosa,
Y en tí esperamos y en tu amor creemos
Y á tí tornados á tus pies caemos.
Porque del hijo Santo
Quien ha escupido en la divina cara
Arrepentido al cabo ¿á quien mostrara
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿quién le comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera
Si no quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh dulce madre celestial y bella
Feliz mil veces quien á tí se acoge

Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora,
Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

—

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

—

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugáz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de fáz.

—

Allá á travès alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sugetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

—

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

—

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos,
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

—

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo ;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié ,
Do quiera una sombra horrible
Nos descarría y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

—

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo
Remordimiento ni afan :
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de don Juan.

—

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento,
Mas vago remordimtento
La roia el corazon.
Y recostada en su lecho
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentacion.

—

De aquellos seres fingidos
Por don Juan, con la presencia
Se amedrentaba, en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su sencillez.

—

Más apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

—

Blanca paloma perdida
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Medía el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.

—

Tal vez sentía su nido
Dejar allí abandonado
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

—

Pobre barquichuela debil
Que en pos de nave enlonada
Salia desesperada
Sin mas norte que el azar.
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

—

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir,
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

—

Mas ¡ay asi estaba escrito!
De oculto sino impelida
De su azarosa partida
La hora precisa llegó:
Llegó, y al fin Margarita
Que oido prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

—

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

—

Al corazon se la agolpan
Mil vagos remordimientos,
Y vagos presentimientos
De incomprensible pavor,
Y en su creencia sencilla
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

—

Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caia,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

—

«¡Que noche! dijo espantada,
»Si habrá don Juan desistido!»
Mas percibiendo rüido
Por las tapias del jardin,
Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

—

No esperó mas, con pie rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galeria
Una luz alcanzó á ver.

—

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

—

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

—

Siempre, aunque sea una carcel
Hay un rincon olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

—

Margarita que encerrada
Pasó en el claustro su vida
A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.

—

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imágen una
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

—

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar

—

Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientra en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

—

La pobre niña agoviada
De soledad y fatiga
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

—

Córtola preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus pies una alfombra,
Y en un farol que ponia
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

—

Allí fue donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaría
Con lágrimas á exalar,
Y allí á la divina imágen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar.

—

«Ya ves que al fin es preciso
»Que deje yo tu convento,
»Mas ya sabes que lo siento
»¡Oh virgen mia! por tí.
»Y puesto que de él sacarte
»No puedo en mi compañía
»No me abandones María,
»Y no te olvides de mí.

—

»Ojalá entre mis hermanas
»Hubiera otra Margarita
»Que con tu imágen bendita
»Obrara como ella obró.
»Ojalá esta luz postrera
»Que en esta noche te enciendo
»Estuviera siempre ardiendo
»Mientras te faltara yo.

—

»Mas ¡ ay! ninguna te quiere
»Como yo, y son mis angustias
»Pensar que estas flores mústias
»A tus pies se quedarán,
»Y se apagará esa vela,
»Se ajarán tus vestiduras,
»Y los que pasen á oscuras
»Tu hermosura no verán.

—

»Al fin yo parto, Señora;
»Mi confianza en ti sabes,
»En prueba toma esas llaves
»Que conservo en mi poder.
»Guardalas, otra tornera
»Elige á tu gusto ahora,
»Y el cielo quiera Señora,
»Que nos volvamos á ver.»

—

Asi Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos
Ante la imágen de hinojos
Los sacros pies la besó.
Y dejándola las llaves
Y encendiendo la bujía
Traspuso la galería
Ganó el jardin y partió.

—

Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,
Y solo se oyó 'tras ella
El rumor del aguacero
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente
Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose
A poco reconocidos
Se abrazaron decididos
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.

¡Por vida mia! don Juan,
¿Pues cómo en Valladolid?

DON JUAN.

De paso para Madrid.

DON GONZALO.

¿A las fiestas?

DON JUAN.

Todos van.

DON GONZALO.

Mas falta un mes todavía.

DON JUAN.

Paréceme don Gonzalo
Que llegar pronto no es malo:
Ya sabeis que es mi mania.
Do quier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo menos para ir me tomo
Un mes de anticipacion.

DON GONZALO.

¿Y para que tiempo tanto?

DON JUAN.

Si la funcion sale huera
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO.

A fe que razon os sobra
Y á poder irme con vos...

DON JUAN.

¿Teneis que hacer vive Dios
Mas que ponerlo por obra?

DON GONZALO.

Y mi tutor ¿qué dirá?

DON JUAN.

¿Pensais que en este momento
Mi padre estará contento ?

DON GONÑALO.

Vos pues...

DON JUAN.

La pregunta está
Demas , mas ved que os aviso
Que si os venis á Madrid
Salir de Valladolid
Dentro de un hora es preciso.

DON GONZALO.

¿Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN.

Por Dios que es grave pretesto !
Jamas dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.

DON GONZALO.

Los medios que usais ignoro.

DON JUAN.

¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco y Laus Deo!

DON GONZALO.

¡Ya! jacos tengo yo dos,
Mas dineros...

DON JUAN.

¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan
Y echad en el otro vos.

DON GONZALO.

Dadlo por hecho.

DON JUAN.

Atended
Don Gonzalo, mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO.

¿Pues que tiene su merced
Que le estorban los caballos?

DON JUAN.

¿Que se yo? tengo una yegua
Que apenas anda una legua.....

DON GONZALO.

¿Se resiénte de los callos,
Eh? pero como gusteis,
Decision es lo que importa.

DON JUAN.

Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis

Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO.

¿Por quién?

DON JUAN.

Por una Señora.

DON GONZALO.

¡Hablarais para la noche
Cuerpo de tal!

DON JUAN.

Bien, pues id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos,
Mas no digais donde vamos
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.

DON GONZALO.

Iré.

DON JUAN.

La hora cabal.

DON GONZALO.

Ya vereis mi rapidez,
Allí estoy fijo á las diez.

DON JUAN.

Pues eso es lo principal.

Y asi diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.
Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fue don Juan para habitar,
Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos ,
Y el uno de el otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aqui lector por no ser
En demasia prolijo
Que te imagines elijo
Lo que pudo acontecer.
Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el como se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.
Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y don Gonzalo llegaba
A quien don Juan demandó;

DON JUAN.

¿Qué hay don Gonzalo ?

DON GONZALO.

Tomad.

—¿Cuanto ?

—Sesenta doblones.

No pude de esos bribones
Conseguir mas caridad.
—¡ Bah ! don Gonzalo , si os pesa
Que el número sea tan vil ,
Yo traigo aqui mas de mil
Para ayuda de la empresa
—Adelante pues.

—¡ Pues ea !

Mayoral pica el ganado,
Que el viage será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el trasporte
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, don Gonzalo,
Y don Juan, los tres á una
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos cuando

Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.
Y de su oro disipada
La crecidísima suma,
Harto don Juan de la Monja
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de los dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta,
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan
Que está la tormenta próxima
A desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo que debiera
Mirar de don Juan la mucha

Generosidad mostrándole
Ciega confianza mútua
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le da parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque don Juan no se cura
Mas qué de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y don Gonzalo que advierte
Que estos estan en las últimas
Pretestos busca á sus solas
Para afear su conducta.
Que es don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre

A medios mezquinos junta:
Díscolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Y entre aquestos dos espíritus
Maléficos que la turban
Margarita el hondo caliz
De las desdichas apura.
Margarita que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aura que perfuman,
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus dias
En el pesar se sepultan.
Y vé sus mil ilusiones
Que al precipicio se agrupan,
Del abismo de la nada

Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

«¿ En dónde estan (se decia)
»Los sueños de mi ventura?
»Aquel pais encantado
»Que exento estaba de angustias
»Cuadro espléndido y magnífico
»Con una sola figura,
»Que era ese don Juan que ahora
»Duelos sobre mí acumula!
»¿Porque le he creido, necia!
»Porque le he creido nunca?
»¿Que he encontrado yo en sus brazos
»Sino ficcion y locura?
»¿ Que me ha dado en sus caricias
»A beber mas que cicuta?
»¿ Que espero de sus promesas
»Sino que jamás se cumplan?
»Arrastrada entre sus vicios,
»Y entre sus orjias impuras
»Su amor me devora el alma
»Y él se harta de mi hermosura!
»Si, por otro amor me deja

»Encerrada en esta oculta
»Mansion, mientras él va ciego
»Tras de quien su amor reusa.
»Tras esa beldad vendida,
»Que abre á la codicia pública
»Sus gracias, para que vaya
»A hozar en ellas la chusma;
»Y cuyos torpes aplausos,
»La envilecen y la ensucian
»Pues la apellidan á un tiempo
»Celestial y prostituta.
»¡ Ah ! los celos me devoran
»La envidia el odio me abruman
»¡ Yo le amo !.. y es imposible
»Que su indiferencia sufra.
»El me sedujo; él mis ojos
»Abrió á la luz de la culpa;
»Yo era una pobre inocente,
»Mi alma era cándida y pura,
»Sus palabras me eran dulces
»Como una lejana música,
»Mas ardientes que un volcan
»Y mas que una lanza aguda,
»¿ Que hiciera yo mas que oirselas
»Con idolátria estúpida?
»¡ Ay ! ¿ quien pudiera tornarme
»A mi sencillez inculta

»Y á mi inocencia del claustro?
»¿Quien amansara la furia
»De este amor y esta conciencia,
»Que para herirme se juntan?»

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque don Juan la abandona
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
Su pasion, entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas da lucha
Con su virtud empeñaba
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ánsias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazon,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos
A sus placeres renuncia.

Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañia escusa,
Y ella acosada de celos,
Y herida de sus repulsas
Sus pensamientos acecha,
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los pies le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no la agradece nunca.
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto don Gonzalo

Que calla, mira, y escucha
Cobra hastío de don Juan
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y en fortunas:
Y él tiene mas que le pese
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera:
En que un vapor que respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan en un negro acceso
De calentura amorosa
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.

Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante Diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrímeras doblas
Cuando á una carta sin tino
Levantándose tiróles.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras
Pues se cambió de repente,
Y él que jamás la malogra
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora.
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torba
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona,
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y don Juan que ve su suerte

Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras,
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin don Juan satisfecho
De fortuna tan dichosa
Se alzó, asomando á sus labios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta
Y devolviendo las joyas
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

—

«Todo lo puede el dinero,
Dijo en la calle á sus solas,
»Lo que al valor no se rinde
»Con la riqueza se compra.
»Veremos pues si con oros
»Hacemos mas que con horas.»
Y asi hablando, en el teatro

Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró: mas era otra
Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda
Fuese al vestuario y con maña
Llamando á parte á una moza
Que él sin duda conocia
La interpeló en esta forma.
«Toma esos ocho doblones,
»Y á esa Sirena engañosa
»A quien sirves, si te estimas,
»Dirás lo que aquí me oigas.
»Y es: que hay un noble extranjero
»Que al verla tan seductora
»Volver no quiere á su patria
»Sin un adios de su boca.
»Que si mañana en su casa
»Cenar con él no la enoja
»En presencia de un amigo
»Y de una fiel servidora
»Recibirá mil doblones
»Para recuerdo de la honra.

»Conque olvidarte procura
»De que yo soy la persona
»Que irá á cenar, y no olvides
»Que el amigo será un mómia,
»Que tú serás quien nos sirva,
»Y que por cuenta redonda
»Bien te daré cien doblones
»Quien la da doscientas onzas.»

Y así acabando don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte añadiendo bajo:
«Hasta mañana á estas horas.»

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta:
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso don Juan
Se hundia como una sombra.
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan seria los derrocha.

En un lujoso aposento
Y enderredor de una mesa
De viandas exquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre don Gonzalo
Y don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,
Con red y estacion se pescan
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.

Sirena la llama el vulgo ,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de voz mas seductora ,
Ni en los encantos mas diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lò que interesa ;
Porque ella es cosa lindísima
Y aunque de cuerpo pequeña ,
Es acabada de formas
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros ,
La tez purísima y fresca ,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna ,
Y dos lindos piececitos
Tan menudos que á no verla ;
U sarlos tan fácilmente
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantengan.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenan
En compañia algo libre

Alarcon y su colega ;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia

SIRENA.

¿Y á qué estrangero fingiros
Cuando estrangero no erais ?

DON JUAN.

Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al son de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

SIRENA.

¿Y á qué fingiros tan pobre
Dueño de tantas riquezas ?

DON JUAN.

Para probar si podian
Mis particulares prendas

Adquirirme lo que al cabo
Me compraran mis monedas

SIRENA.

Quiere decir que de dos
Mal os salió una experiencia.

DON JUAN.

Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

SIRENA.

Pero ella saltó por una.

DON JUAN.

Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

[illegible].

Quiere decir...

DON JUAN.

Te equivocas
La interpretacion es esta :
Si en las redes del amor
Incautamente cayera ,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia ,
Pero á la fuerza rendida ,
Sin mas azar ni defensa
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua ,
Cambió de copa don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual repuesta ,

Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

SIRENA.

Buen cazador sois don Juan.

DON JUAN.

Y vos escelente pieza.

SIRENA.

¿Siguierais mucho la pista?

DON JUAN.

Hasta hallar la madriguera

SIRENA.

¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN.

Yo atinara con la cierta.

SIRENA.

¿Y si salir no queria?

DON JUAN.

Yo me pondria en espera.

SIRENA.

¿Por empeño?

DON JUAN.

Por empeño.

SIRENA.

¿Y durara?

DON JUAN.

Hasta cogerla.

SIRENA.

Figuraos pues que asoma.

DON JUAN.

Me preparo

SIRENA.

¿ Y si se entrega ?

DONA JUAN.

Tiendo la mano y la cojo

SIRENA.

¿ Y si muerde ?

DON JUAN.

Norabuena ,
Sóbrame á mi mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.

SIRENA.

Brindad pues y olvidad eso.

DON JUAN.

Su orgullo!

SIRENA.

A su obediencia!

DON JUAN.

Espera ¿quién canta ahora
El amor ó la Sirena?

SIRENA.

El amor está vencido

DON JUAN..

¿Y la encantadora?

SIRENA.

Muerta.

DON JUAN.

En ese caso alma mia
Brindemos y echarlo tierra

Brindaron ambos á un tiempo
Y las amistades hechas
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.

Bebe don Juan sin cuidado
Que el vino jamás le altera,
Bebe don Gonzalo poco
Mas se turba su cabeza;
Y sus mas hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la orgia sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata
Y entre el son de las botellas
Crugen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.
De amor loco está don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La callada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta
Y al compas de su vihuela
Gira en danza voluptuosa
La bellisimo Sirena,
Y en su sillon don Gonzalo
Sentado y tendido á medias
Como una sombra fantástica

Embebido la comtempla,
Ella sutil como el aire
Y comó el aire ligera
Gira enredor pasa y huye
Como aparicion risueña.
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destrenzan,
Radian sus ojos ardientes
Luz mas viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Mas los círculos estrecha
Mas los mágicos hechizos
De sus perfecciones muestra,
Y el velo con que sus manos
Primorosa juegan
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun rápidamente
Le recoge ó le desplega,
Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,
La alegoria que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante
Ya una Venus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,

Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta,
Y su flotante figura
En el ambiente deshecha,
Confundidos sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusion que vuela,
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden
A merced del aire sueltas
Cuando en los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira y cruza y resbala
Y los sentidos no aciertan
Si de ella nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobre un almohadon se sienta
Mas seductora que nunca
Y mas que nunca halagüeña.
Y mientras don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude
Trastornada la cabeza.
«Bravo, esclamó, solo falta,

Margarita»— A cuya necia
Esclamacion levantóse,
Como una tigre Sirena,
Y con don Juan encarándose
Desencajada y colérica
¿Quién es esa Margarita?
Le dijo de rábia trémula.
Quedóse un punto don Juan
Sin acertar la imprudencia
A componer á su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza
Les añadió por respuesta.
«¡A fé que es linda muchacha!
»Y ahora que se me acuerda
»Pues en casa estará sola
»Su compañía me peta.»
Y asió su capa esto dicho
Corroborando la idea.
—Gonzalo, esclamó don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez
Ya os encontrarais sin ella.
—Pues os digo que me agrada
Y pues su merced la deja
Pido como prenda antigua
Para tomarla licencia.

—Eso sí, si la pedís
Llevaosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
—¿Conque es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto
Solo por recuerdo de ella
Lo haré como lo decís.
¿Y á qué convento?
—A Palencia
Y á las monjas de Jesus
De donde es.
—¡Jesus me tenga!
—¡Calla! ¿qué os da don Gonzalo?
—Decidme por vida vuestra
Don Juan, ¿Cual es su apellido?
—Cosa don Gonzalo es esa
Que jamás la he preguntado.
Mas ¡voto va!.. ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?
—Sí.
—Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos

Inmovil como una piedra
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla don Juan á poco
Diciendo : «¡ cosa como ella !
»¿Quíen demonios lo pensara?
»Pero en fin ya es cosa hecha»
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.
Hasta que el vapor de la orgia
Disipado con la fuerza
De su deshonra arrojóse
Sobre don Juan con fiereza.
Mas sentóle este los puños
En el pecho, y con la mesa
La lámpara y la bajilla
Vino don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos resuelta
Diciendo á tiempo. «Señores,
»Que estan en mi casa vean !»
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos don Gonzalo fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa.

Alborotóse la casa
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pages y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza:
¡Atrás canalla! y silencio:
Y tú amiga, ten paciencia
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
—Si sois valiente don Juan,
Cuando gusteis dad la vuelta
—Advierte que no te pido
Ni consejos ni licencia
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
—Ten esa lengua de vívora
Y no te pases en cuenta
Que de rendirse á vencerse,
Hay una distancia inmensa.

Y asi diciendo don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el dia
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oia.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de don Juan que no venia.
Entreabierta tenia su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcánzandole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia,

En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afan tendia;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando
Pasar bajo su reja los veia,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos don Juan nunca venia.

Hundida la infeliz en su abandono
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quién su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡Ay pobre Margarita! tu sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á don Juan desesperada
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por el de suspirar no cesa,
¡Y ojalá no volviera desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas, precipitados
Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.

»El es, dijo bajando, y no mentia
Que era en verdad don Juan el que venia.»
El era sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torbo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gabilan sangriento.
¡Dios mio! dijo al verle Margarita,
Mas con planta lijera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada
Y la puerta tras ella asegurando
» Traeis sangre, don Juan » dijo aterrada,
Mas don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó y echando al fuego
El de sangre teñido
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido:
Margarita, á la aurora
Es preciso partir.
—Dónde?
—Lo ignoro,

Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.
—¿Pero que pasa?
—Oh! no es para subirse á los tejados
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa señora
Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad don Juan mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella.. Y lo que ví me muestra
Que vos necesitais...
—Yo? que locura!
Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque á fe mia
Que el asunto no es cosa estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.
Oidme en dos palabras Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á don Gonzalo conocias.
—Eso
Bien lo sabeis.
—Tenia una maldita
Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con esceso
Y no es estraño que perdiera el seso.

—¿Pero en fin que es el caso?
Que me teneis violenta.
—Me habló de vos y aunque detras de un vaso
Me lo dijo, no fue tan de mí gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exaló ni un ¡ay! siquiera.
—Le matasteis? don Juan, sois un malvado!
—Tal vez tengais razon, mas bien mirado
Como si no le mato, al fin me mata
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está asi, y pues ya esclarece
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á don Gonzalo pertenece
Venid conmigo y adelante vamos.
—Pues que remedio no hay, don Juan, partamos,
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros.

. . . .

Y hablando asi con gravedad resuelta
Cerró el cuarto don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brio sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA.

Dios guarde á su merced. ¡Hermoso dia!

MARGARITA.

¡El os proteja, madre! ¿Teneis hora?

POSADERA.

No parece que sois madrugadora.

MARGARITA.

Pues ¿qué hora es?

POSADERA.

Es casi medio dia.

MARGARITA.

¡Medio dia!

POSADERA.

¿Quereis el desayuno?

MARGARITA.

Si: mas hacedme la bondad primero
De decidle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fé bien importuno.

POSADERA.

Pero ¿de quien hablais?

MARGARITA.

Del caballero
Que ocupa ese otro cuarto.

POSADERA.

No hay ninguno.

MARGARITA.

¿Cómo no?

POSADERA.

El pasagero que ahi habia...

MARGARITA.

Que vino ayer.

POSADERA.

Con vos.

MARGARITA.

Precisamente.

POSADERA.

Montó á caballo al despuntar el dia.

MARGARITA.

No puede ser.

POSADERA.

Miradlo.

MARGARITA.

¡Dios clemente,
Partió sin mi!

POSADERA.

Yo me creí señora
Que erais de su partida sabedora.

MARGARITA.

Yo? justo Dios!

Y aquí de Margarita
Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
Desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada

Solo encontró á su lado
Un hidalgo que acaso acompañado
De su muger viajaba,
Quien viendo su hermosura condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.
«Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.
¿A donde quereis ir?

MARGARITA.

¿Donde Señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iria solamente donde él fuera.

¿Sabeis de él?

LA DAMA.

¿Quién es él?

MARGARITA.

Ese viajero
Que salió con el alba.

LA DAMA.

Un caballero
Mozo y galan.

EL CABALLERO.

¿Sobre un caballo obero?

MARGARITA.

El mismo, justamente.

LA DAMA.

¿Es de vuestra familia?

MARGARITA.

¿ De mi familia ? No precisamente,
Pero si yo supiera su destino......

LA DAMA.

Dijo que de su casa iba camino.
¿ Sabeis su casa vos ?

MARGARITA.

Sí, es en Palencia.

LA DAMA.

Hasta Dueñas venid si os acomoda
En nuestra compañia, y diligencia
Para que os lleven á Palencia haremos,
De la mejor manera que encontremos.

MARGARITA.

¡ Ay señora, quien quiera
Que seais...

EL CABALLERO.

¡ Levantad , por vida mia !
Cualquier noble español lo mismo haría.
Ea venid , que enganchen y partamos.

LA DAMA.

Enjugad esas lágrimas y vamos.
Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita ,
Dejaron al momento la posada
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Donde irá mas que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Donde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino
Sino sabe otro camino
Que el solo en que se estravió?

—

¡Ay! ¿donde irá Margarita
En su ciega inesperiencia,
Donde irá sino á Palencia
Do tal vez está don Juan?
¿Porque quien logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

—

Era en el fin de una tarde
De junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una muger se veia
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

—

Y á traves de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente
Por mas que mira, la faz.

—

Y la muger sin embargo
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguia,
Y á abrirsele no venia
Dueña, galan, ni doncel.

—

¿Que hacia pues á tal hora
Tal muger y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un don Gil de Alarcon.

—

¿Serán celos?—¡Que locura!
¿Quien, ni de quien los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

—

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

—

Y la muger sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿Quien es? ¿que busca? ¿que espera?
Fatídica asi ¿que augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay! pobre amante olvidada!
¡Ay! ¡infeliz Margarita!
¡Quien comprenderá tu cuita
Ni compasion te tendrá!
Tu esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tu ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El Cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la muger,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ageno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú infeliz no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él* por un solo beso
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios ni aun fingido
Al pie de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Rebienta el cóncabo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba.....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venia con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada
De amor y mundo apartada,
Que son delirios al fin,

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: «¡ay de mi! ¿quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa
Cuyo rostro no veia
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veia
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita al mirarla
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.
«Será novicia (se dijo)
«Habrá al convento llegado
«Desde que yo le he dejado,
«No puede otra cosa ser.»

La monja en tanto seguia
Los altares arreglando,
Y la seguia mirando
Margarita por detrás;

Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no se qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro
Tan fosfórico y tan ténue
Que el templo seguia oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita
A pesar de la distancia
De las flores la fragancia
Que ponia en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oidos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente
Cambiándola interiormente,
Regenerando su ser.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,

Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éstasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimia,
Y en donde nada sentia
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hácia la monja de amor,
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante yá;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fé y religion la dá.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,

Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto
Mas sin fuerzas para hablar.

«¿Que me quereis?»—Con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja.—«¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, asi?»
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa
Venid al claustro tras mí.
— ¡Oh! imposible!
—Si os importa
Hablar con alguna hermana
Volved si gustais mañana.
---Yo hablara...
—¿Con quién?
—Con vos.
—Decid pues.
—No se que empacho
La voz al hablar me quita....

¿Como os llamais?
—Margarita.
—¡El mismo nombre las dos!
—¿Asi os llamais?
—Si señora
Y en otro tíempo yo era....
¿Que oficio teneis?
—Tornera.
—¡Tornera! ¿cuanto tiempo ha?
—Cerca de un año.
—¡De un año!
—Diez llevo en este convento
Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja..... ¿que pensar?

Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró ;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba ,
Y era ella misma.... ó su imágen
Que en el convento quedó.

—

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad , ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pie de la santa aparicion ;
Y asi quedó, la frente sobre el polvo
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.

Entonces envolviéndola en su manto ,
Su cabeza cubriendo con su toca ,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita asi :

«TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÈ: VE TODAVIA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJIA:
YO OCUPÈ TU LUGAR, PIENSA TU EN MI.«

Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.
La reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreia
Que adoraba su santa aparicion.

Sumiose al fin del aire transparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pcs suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita
Volviendo á sus afanes de tornera
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle
Y al vital resplandor de su bugía
Aun encontró la imágen de Maria,
Y sus flores aún sin marchitar.
Y á sus pies despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA III, Y ENTREGA QUINTA.

APENDICE

Á MARGARITA LA TORNERA.

ENTREGA VI.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN

Y

SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venia sobre un caballo
Un hombre que á tientas sabe,
Sin duda el sitio que pisa
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos
Y del caballo apeándose
Dió en la puerta dos seguidas

Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detras de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja ¿ quién llama ?
Y el que llamó dijo:—¡ Abre !
—Qué quereis ?
—Abre demonio
No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—¡ El és! Jesucristo valme !
Dijo la muger en lo alto,
Y la ventana cerrándose
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia
Sin otro mal ni dolencia
Que el esceso de su edad,
Don Gil de Alarcon á solas
Con su confesor espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban
Los dias solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afanó viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos de él está.
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera yá.

Él pobre padre impelido
Por su amor y sus virtudes
Las negras ingratitudes
Olvida de su don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afan.

«Padre, al confesor decia,
Padre me acosa una idea
—Cuál es?
—Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir,

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado
El se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora,
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mí temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon.»

—

Asi decia el buen viejo
De su don Juan acordándose,
Cuando don Juan arrojándose
En sus brazos esclamó:
»Ya estoy aqui padre mio,
»Ya estoy ante vos de hinojos
»Tornadme padre los ojos
»O muero de angustia yo.»

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban....
¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas le dijo asi;
»Hijo levanta y escucha
Mis postrimeros acentos
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí.

Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando
Así el padre siguió hablando
A su fin próximo ya.
Juan, voy á darte mi ultima
Prueba de amor y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.
—Lo será

—Tuyo es cuanto yo poseo
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¡ Me juras obedecerme ?
Responde Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento
¿ La cumplirás ?
—Padre sí,

Por cielo y tierra os lo juro!
—Pues bien, junto á Torquemada
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás
Cercada de un huertecillo,
Allí Juan mi cuerpo entierra;
Y esta casa y esta tierra
Juan, no la vendas jamás.

Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy
Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y á Dios Juan que á morir voy!
—Padre!

—-Adios Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando ,
Adios... y haz lo que te mando
Porque Dios te ayudará.
Y esto dicho inclinó el padre
Hácia su hijo la cabeza
Y él la besó con terneza...
Pero no existía yá.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba
Al Dios se la encomendaba
Que ante su ser la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del dia siguiente
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver ,
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino
Quedó el lugar por dó vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel dia
Al campo este hombre salia
Y del campo se volvia
Poco antes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando
Los ojos atrás tornando
Quedábase atrás mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II

Todo en la tierra pasa
Todo muere se estingue ó se deshace
El duelo y el placer tienen en tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.
Queda el dolor un dia
Dentro del corazon mas amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecia.
Que asi va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrio bosque va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.

Asi don Juan con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada dia
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenia.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando
Su corazon, sediento de delicias.
Volvió á reir don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza
Volvió la soledad á darle enojos
Y su opulencia le tornó á la holganza.
Sus administradores
Cuentas á darle con afan vinieron.
De la herencia feraz de sus mayores
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por don Gil dobladas,
Con mil cuidados y con mil sudores.

Tendió don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
¿De qué me sirve dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones
O he de hacer de contínuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
¡Quedarán vive Dios agradecidas!
Murió mi padre, duéleme á fé mia!
Pero no es menos cierto
Que yo tambien me moriré algun dia;
Y si la vida á divertir no acierto
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?
¡Adelante don Juan viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mugeres,
La riqueza gocemos adquirida
Y hagamos amistad con los placeres.

Y aqui don Juan soltando de repente
Ruidosa carcajada
Que sin duda escitada
Fue por recuerdo que acudió á su mente
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito
Para amorosos y reñidos lances
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid; es un capricho,
Mas mi padre perdone
Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla',
Y el claro sol al despuntar mañana

Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento

Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE, Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atras quien es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.

Es don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo
Ó lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas,
La curia escandalizóse,
De tan imberbe colega
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus buelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pages ataviados
Con magníficas libreas,
Apagaron los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues *rico* en merecimientos
Con tamañas escelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó pues infatigable
Tras damas de vida incierta

Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan.
Para lo cual de alguaciles
Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia,
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Esponiendo en su defensa
Que asi atendia celoso
De la corte á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil
En esta vida terrena.
¡Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.

Este don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas.
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Escusada y solitaria,
Fingiendo tomar las señas
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡ qué cintura! ¡ qué pierna!
¡ Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja...
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias
Del jóven golilla estas,
Habia otra que era en él

Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Ademas de las boleras.
Porque siempre apetecemos
Lo que mas lejos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres pór apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,

Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y dá académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.
Y si á don Lope esto agrada
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pie tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas Diana,

Y sobre Diana Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay qué hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dós virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres,
Y lebreles de monedas.
Y en fin por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.

Pues los golillas de entonces
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con don Lope, él visitándola
Y recibiéndole ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobre-cena
Cruzándose las sonrisas
Por detras de las botellas,
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente
Y entróse don Juan por ella.
Y diciendo *buenas noches*,
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Asi estuvieron un punto
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina

Del de Alarcon la presencia.
Hasta que una carcajada
De éste, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último
La situacion de la escena;
Cesó de reir don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

DON JUAN.

Sepamos con quien se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo don Juan de Alarcon,
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado,

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas
De que sois tal por el trage
Y vuestra barba de á tercia.
Mas no es esa la pregunta:

Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa
Pues señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta
El caso es que aqui sobra uno
¿Quién pues se va, y quién se queda?
Si es que comprais declaremos
Nuestra posesion en venta,
Si lo debeis á la suerte
La suerte entre ambos resuelva
Y ó al que le toque la pierde,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos
Espada en mano, y afuera.
Elegid—
El juez que en tanto
Todas sus razones pesa
Y en todo evento prefiere

No dar razon de quien sea,
Dijo, convengo en tirarlo
Al azar.
—En hora buena:
Echóse don Juan al punto
La mano á las faldriqueras
Y dijo al sacarla: —veamos
Yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares ó nones?
—Pares.
—Contad pues esas monedas,
Y echó don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
—Perdí, dijo el juez, y el otro
Que adivina lo que piensa,
Díjole: meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder en este instante
¡Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.
Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas

Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas,
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¡Señor don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

Nó.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.
Ya vístes que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay pues de que se me acuse.

SIRENA.

¡Ay don Juan que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿ Acaso estoy sin espada ?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre
Temblareis.

DON JUAN.

¿ Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso ?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais
Es el Alcalde Aguilera

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

Ay de vos si con él dais.

DON JUAN.

Y ay del si conmigo da.
Mas niñerias aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Di, niña, ¿cómo te va?
— Bien, ¿y á vos?
— Famosamente.
— ¿Y Margarita?
— No sé
¡Vive Cristo! ni quién fue
La tal muger.
— Bravamente.
¿Y don Gonzalo?
— ¡Buen lance
El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y yo el diablo qué le alcance.

—¿Le matásteis?

—¿Y qué hacer?
Sé empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza,
¡Qué habia de suceder!
—¡Pobre muchacho!

—¡Eh! Dejemos
En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales estremos.
¿Qué te importa, don Gonzalo,
Mientras yo contigo esté?
Paréceme por mi fé
Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.

—Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas
De la mañana siguiente,
Y don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo: ¡señor, salvaos!
—¿Qué dices, loca?
—Que vienen
A prenderos.
—¿A mí?
—A vos.
Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle
—Sirena, ¿qué enredo es éste?

—¡Ay! ¡huid, don Juan, huid!
Y no estrañeis que os recuerde
La muerte de don Gonzalo.
—¡Vive Dios!
—Ved que quien quiere
Prenderos es Aguilera.
—¡El! ¡por vida mia! ¡que entre!
—Ved que son muchos.
—No importa.
—Por Dios, don Juan.
—¡Bah! tenerse
Siempre á mi espalda y dejarlos.
Y asiendo bizarramente
Su larga espada don Juan,
A abrirles la puerta fuese.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes
Y en sus miradas de triunfo
Bien claro don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y asi con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;

El cual con sonrisa doble,
Que harto á burla se parece,
De esta manera le dice,
Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

—¿Quién es don Juan de Alarcon?
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
—Que se dé al rey.
—¿Con qué causa?
—Hoy su Magestad pretende
Que en un sillon duradero
En su presencia se siente.
—Pues dadle al rey muchas gracias,
Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.
—No intente
Señor galan, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.
—¡Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intenteis, seor golilla
Que con la vuestra se mezcle,

Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.
— ¡ Ea , mancebo , ya basta !
¡ Espada y persona entregue ,
O vive Dios ! ...
— Nora buena ,
Por ella quien guste llegue ,
Que por el puño la tengo.
— Pues á él , ministros , prendedle.
— Pues , señor juez , adelante ,
Y salga lo que saliere.

Asi diciendo don Juan
Con la cuadrilla arremete ,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.
Y en vano se le antepone
Densa nube de corchetes ,
De escribanos y testigos,
El tira siempre de frente ,
Y en dos minutos despoja
De bultos el gabinete ,
Y huye espantada la turba
Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena ,
Rompió en clamores la Irene ,
Y en un momento en la calle

Se arremolinó la gente.
Rejas y balcones se abren
Al rui do, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse.
Quién huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quién oye estúpido y mira,
Quién brabea sin moverse
Desde la calle entre tanto
Que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vense,
Y bocas abiertas dando
Ordenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse
Se desgañitan de miedo,
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar ginetes
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.

Doblaron los alguaciles
Sus roncas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.
Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen,
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro don Juan
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pie de terreno pierde.
Dá, cia, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiere,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete.

Cayó don Lope y los otros
Que por él lidian, al verle
Doblaron contra don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él que ve su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,
Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entonces don Juan, que nunca
Su peligro desatiende,
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque don Juan levantándose

Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle escusada,
Para su posada fuese.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brio y á su suerte.

Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ella los que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:
Condenóse allí á don Juan

A morir , si se le hubiere :
Mas nadie pensó en buscarle ,
Como continuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion , y por siete
A la criada , mandando
Que al de Aguilera lo entierren.

Con que *se salva quien corre* ,
Y *acierta quien se defiende* ,
Y está visto , *la fortuna*
Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crímen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el dia
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedia,
Y de la tierra que á lo lejos via
Que de las sombras en poder quedaba.
Alcanzábase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y aun se podian distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,
Cuando en cóncabo son tronó improviso
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.
Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar riela
Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.
A Italia vá: pais de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mugeres,
Patria feraz del genio y los amores.
A Italia va don Juan ¿y á dónde iria
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia sí; porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora
Altares levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura,
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atras queda y burlada la justicia,
Atras los muerlos que dejó lidiando
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

«Mientras es jóven (dice) mientras lleve
»Deseo el corazon y oro el bolsillo,
»Lanzarse el hombre á los deleites debe
»Del sol de su fortuna al falso brillo.

»El placer es mi Dios; mi alma desea
»Para solo gozar larga la vida,
»Cuando sin oro y sin placer la vea
»Como una inútil prenda envejecida
»Con estoica calma indiferente
»Despojaréme de ella, convencido
»De que al que un aura de placer no aliente
»Le debe de bastar lo que ha vivido.»

Tal es don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce,
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
Gozar solo es vivir, de ello deduce.
A Italia va don Juan; ¿y á donde iria
En verdad el amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuese á Italia don Juan, lector querido,
Y aqui cierra su historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.
Porque no es conclusion para una historia
Acabar en un viaje
La vida y la memoria
De su mas importante personage.
Decir que llegó á Italia, como dice,
Sin añadir mas dél, es un esceso
De historiador sin seso;
Porque si al menos naufragar le hiciera,
Bien la historia en naufragio concluyera.
Pero solo nos dijo
A Italia fue, de donde yo colijo
Que fue este historiador un calavera.
Yo que ¡ oh lector ! tus intereses miro,

Y á darte gusto aspiro,
Tras el fin de don Juan un año andube
Crónicas y memorias registrando,
Manuscritos y sábios consultando,
Mas nada de don Juan á manos hube.
Hasta que al fin pasando por fortuna,
Y há poco por Palencia,
Topé con la ocasion mas oportuna.
Un clérigo muy viejo,
En cuya casa por mi buen consejo
Me hospedé aquella noche,
Me contó como cosa verdadera,
Y por los ojos de su abuelo vista,
Una historia, que á fe que sino era
De don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el crónista.
A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de don Juan concluyo;
Y aunque de su verdad no desconfío,
A Dios plazca ¡ oh lector! que como al mio
Concluya mi don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado
Del bravo don Juan la ausencia,
Y su memoria en Palencia
Con ellos se habia borrado.
Mientras él fuera de España
Vivió, habíanse vendido
Sus bienes que habian venido
A manos de gente extraña.
Y en fin, el mozo expatriado
U oculto, no pareciendo,
Fue poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.
Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia;
Está claro que tendria
Infinitos compradores.
Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.
Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.

Y un hombre que se nombraba
De don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.
Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.
De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.
Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias extraños.
Tal es la vida, lector,
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido,
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio Enero venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero,
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.
Traía el ceño fruncido,
A través del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.
Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.
Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.
Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza
Que inspira cierta franqueza
Y á su misterio aficiona.
En un camino, el hallarle
Pavor infunde sin duda,
Pero si pasa y saluda
Vuélvese uno á contemplarle.
Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.
Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le vea
De lejos parece bien,
Pero muy de cerca mal.
Y él en tanto sin curar
De quién pasa por su lado,
Iba con pie acelerado
Atravesando el pinar.
Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle

De antiguo césped vestida.
Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje
No parece aquel paraje
En verdad muy transitado,
El sigue siempre constante
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le extiende delante.
Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal
Con el pie ó con el puñal
Apartando los tropiezos,
Y llegó al fin de la cuesta
Do se via en la hondonada
Una casilla olvidada
Ya ruinosa y descompuesta.
Y cubierto de amarillo
Musgo y de yerba silvestre
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.
Ya en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.

Solo en su centro se via
Sobre un monumento alzada
De piedra una cruz labrada
Que aun en pié se mantenia.

Paróse ante ella el viajero
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante
Con lágrimas en los ojos.
Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo asi con triste acento:

—Padre, al morir me dijisteis;
Si algun dia tus locuras
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudartv...
Cumplióse asi, y aqui estoy.

«Rompe pues sombra adorada
»Esa piedra que te esconde,
»Y á mis suspiros responde
»Momentánea aparicion;
»Dime sí, que desde el cielo
»Do mi padre habita ahora,
»No me lanza aterradora
»Su temible maldicion.

Calló aqui un punto, y besando
La lápida con tristeza
Inclinando la cabeza
Dijo alejándose ya:
«¡Quimeras!.... nunca los muertos
»Salen de la madre tierra
»Que avara en su vientre encierra
»El polvo que ser nos dá.»

Entró asi hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono,
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas:
Y do quier que los tendia
Solo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamas.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenia ya enmohecidos
Los aposentos do quier:
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas ál empujarlas
Desvencijadas cedian,
Porque apenas mantenian
Quicio en que apoyarse ya:
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hácia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera en palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto
Se vé que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina
E histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazon.

A veces se cree que llora
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,
Ni espera ya en los altares
Ni fia en sí mismo ya:
Y alguno dijera viendo
Su descompuesta figura
Que asentada la locura
Dentro su cèrebro va.

Al fin abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aqui y allí
Llegó hasta un salón oscuro
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aqui.

Daba de la casa á un ángulo
En que estriba un aposento
Que parece en su cimiento
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciar.

Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencía
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo menos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Dificil de adivinar.

No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.

Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna
Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así:

COMO CUANDO AQUI TE VUELVAS
TODO LO HABRÁS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
Á TU PADRE Y Á TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECES TE DEJO,
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJOR.

Quedóse don Juan atónito,
Pues no era otro el que leia,
Ni era otro el que escribia
Sino su padre don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebato febril.

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos
Pendencias y desafíos,
Disolutos amoríos
Y crímenes por do quier.
Aqui el esposo ultrajado,
Alli la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida muger.

Asesinado el amigo
Allá en la sómbra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salia rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier
Veníanséle acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impía sangre á verter.

Todas estrechando el círculo
En redor suyo apiñadas
Venian desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crimen atroz.

—

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intérvalo apenas
En que poder respirar:
Y ¡mísero don Juan!... ¡mísero!
A donde quiera que mira
Vé un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: «Esto es hecho.»
Y asió con ira el cordel.

—

Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un estremo en ella,
Y en su cuello el otro estremo,
Maldijo don Juan su estrella
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Asi de la alegre vida
Diciendo se despidió.

«Teneis razon, padre mio,
«Ya otra cosa no me resta;
«Para una vida como esta
«Mucho mejor es morir.
«¡Teneis razon! Gran regalo
«Me dejais, y le merezco,
«Ea, pues, ya os obedezco.
«¡Abra Dios mi porvenir!»

Tras cuyas ímpias palabras,
Con los pies la arca empujando,
Quedó el mísero colgando
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pós.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detras.
«¡Malditos maderos viejos!»
Esclamó don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: «Un arbol valdrá mas.»

Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fue su asombro,
Cuando pegado á un escombro
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veía escrito
Esto, que don Juan leyó:

Pues tus vicios ¡ insensato !
Hasta aqui te han conducido ,
Ten horror de lo que has sido
Y mira lo que á ser vas :
Toma y vive , mas acuèrdate
Que cuando ya nada tengás
Será forzoso que vengas
Por otra escarpia quizás.

CONCLUSION.

Tú creerás , lector amigo ,
Que don Juan esto leyendo
En cuentas entró consigo ,
Y por fin escarmentó :
Tambien yo lo suponia ,
Pero , amigo , nada de eso ,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó ,
Me juró como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este don Juan perseguido

Por la justicia otra vez
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

ERRATAS DEL TOMO II.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
31	12	tilden,	tilden
46	17	¡ Indecible !	Indecible
96	23	aguda,	agudas
100	7	que respira	se respira
106	24	mantengan.	mantenga.
213	4	.su orgullo !	A su orgullo !
115	15	primorosa	primorosamente
120	21	vencerse	venderse

ERRATAS DEL TOMO I.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
14	6	Se	Le
29	7	figuras !	figuras
54	1	La noche ha sido mala !...	La noche ha sido tan mala !...
56	5	la	le
id.	16	mas	mal
98	13	resulven	resuelven
id.	26	que el rey se nombra.	que el rey le nombra.
113	15	uno en pós del otro	El uno en pós del otro
117	15	cosa	cosas
138	5	desalentado	desatentado
158	16	complicado	complicada
175	8	despeñaba	despeñada
176	7	Y aura	Y el aura
207	12	Español.	Español,

